




KRA KAU ER



ESENCIAL

**Reflexiones
sobre el riesgo
y la condición
humana**

geoPlaneta 

Jon Krakauer

KRA KAU ER



ESENCIAL

**Reflexiones sobre el riesgo
y la condición humana**

Jon Krakauer

Ilustraciones de
Laura Borràs

Krakauer esencial – Reflexiones sobre el riesgo y la condición humana

1ª edición

EDICIÓN EN ESPAÑOL

© Editorial Planeta, S.A., 2020

geoPlaneta

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Traducción: Ton Gras, 2020 («La última ola de Mark Foo», «Vivir bajo el volcán», «Muerte e indignación en el Everest», «Descenso a Marte»); Alberto Delgado, 2020 («Después de la caída», «Las Puertas del Ártico», «Quereros hasta matarlos», «Un lugar limpio y bien iluminado», «Fred Beckey sigue por ahí», «Aceptación de la desgracia»)

ISBN: 978-84-08-22599-7

Depósito legal: B. 1.430-2020

Impresión y encuadernación: Macrolibros

Printed in Spain – Impreso en España

EDICIÓN ORIGINAL

Classic Krakauer. Essays on Wilderness and Risk

© 2019 Recopilación de Jonathan R. Krakauer

Publicado por primera vez en inglés en Estados Unidos por Anchor Books,

una división de Penguin Random House LLC, Nueva York.

www.anchorbooks.com

Esta traducción fue publicada por acuerdo con Doubleday, un sello de The Knopf Doubleday Group,

una división de Penguin Random House, LLC.

© Textos: Jon Krakauer

© Ilustraciones: Laura Borràs, 2020

Ilustradora representada por IMC, Agencia Literaria

Diseño: Lookatcia.com

Las piezas de esta compilación aparecieron por primera vez en las siguientes publicaciones:

Medium: «Embrace the Misery» (29 de julio del 2014)

New Age Journal: «A Clean, Well-Lighted Place» (diciembre de 1985)

The New Yorker: «Death and Anger on Everest» (21 de abril del 2014)

Outside: «After the Fall» (junio de 1990), «Fred Beckey Is Still on the Loose» (julio de 1992),

«Loving Them to Death» (octubre de 1995), «Mark Foo's Last Ride» (mayo de 1995)

Smithsonian: «Gates of the Arctic» (junio de 1995), «Living Under the Volcano» (julio de 1996)

Smithsonian Air & Space: «Descent to Mars» (noviembre de 1995)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

0

Introducción

9

01

La última ola de Mark Foo

11

02

Vivir bajo el volcán

39

03

Muerte e indignación en el Everest

53

04

Descenso a Marte

63

05

Después de la caída

77

06

Las Puertas del Ártico

99

07

Quererlos hasta matarlos

117

08

Un lugar limpio y bien iluminado

159

09

Fred Beckey sigue por ahí

175

10

Aceptación de la desgracia

195

Notas

201

Agradecimientos

205

El autor

207

01

La última ola de Mark Foo

PUBLICADO EN *OUTSIDE*, MAYO DE 1995



A 35 kilómetros de San Francisco, por la Highway 1, un escarpado saliente de tierra llamado Pillar Point se adentra con rotundidad en el frío Pacífico. El viernes 23 de diciembre de 1994 amaneció despejado en este tramo de costa. Grandes olas se estrellaban contra los salientes levantando nubes de bruma que avanzaban lánguidamente por las playas. Más allá del extremo del cabo, unos quince surfistas se balanceaban bajo la luz del sol de invierno, oteando el oleaje que se acercaba por el horizonte.

Es habitual ver a surfistas frente al cabo —un lugar llamado Mavericks— ataviados con tupidos trajes de neopreno y sentados a horcajadas sobre sus enormes tablas. Pero el helicóptero, los tres barcos de fotógrafos al otro lado de la alineación de surfistas, y la hilera de espectadores agolpados en los acantilados daban a entender que no iba a ser un día cualquiera de surf.

Durante más de una semana, las olas más grandes y perfectas de la última década habían estado castigando el arrecife del extremo de Pillar Point. Aquello corrió hasta llegar a la radio macuto internacional de los surfistas: Mavericks, que había sido escenario recientemente de una de las olas más fuertes del mundo, estaba empezando a ser conocida. Al oír los rumores, tres surfistas de grandes olas del archipiélago de Hawái —Brock Little, Ken Bradshaw y Mark Foo— volaron hasta California para sumarse a los surfistas locales.

Los nombres y caras de los tres hawaianos eran familiares para la mayoría de los cinco millones de surfistas del planeta¹. Era tema de acalorados debates cuál de los tres era el as del surf, pero todo el mundo coincidía en quién se dejaba ver más fuera del agua.

Mark Sheldon Foo no pecaba ni de exceso de modestia ni de baja autoestima. En su currículum se autodefinía sin complejos como la «leyenda viviente consumada del surf». Sus detractores le llamaban petulante, como poco, pero eso no hizo cambiar su forma de actuar. En su agenda figuraban los números de teléfono de los fotógrafos más importantes del surf, con quienes forjó una amistad y mantuvo estrechos lazos. Su fotografía aparecía impresa con asombrosa frecuencia, y presentó un programa de surf en la televisión por cable.

Foo fue a por todas para apagar su sed de fama o seguir su estrategia para conseguirla: surcar las olas más grandes del mundo con una osadía única y siempre que hubiera cámaras grabando. Aquel viernes por la mañana, había infinidad de cámaras para inmortalizar la histórica reunión de Foo y sus famosos colegas en Mavericks. Prometía ser la presentación en sociedad de una ola subestimada de California.

Pese a estar cerca de San Francisco y Santa Cruz, en 1990 había muy pocos surfistas locales que conocían Mavericks, y solo un intrépido lugareño llamado Jeff Clark² había surfado allí. Con el tiempo, se empezó a propagar por toda la costa un rumor sobre una ola *mysto* próxima a Half Moon Bay que generaba gruesos y demoledores tubos lo bastante altos para que pasara un autobús. Tenían fama de ser, como mínimo, tan grandes como las célebres olas que retumbaban en las costas de Waimea Bay de Hawái, el monte Everest del surf, pero considerablemente más huecas. Mavericks, además, estaba inmersa en un escenario que hacía que el aura desalentadora que envolvía a Waimea pareciera menor en comparación. En 1992 apareció en la revista *Surfer* un artículo de Ben Marcus que describía Mavericks como un lugar «sombrio, aislado, maligno por naturaleza. El arrecife está rodeado por aguas profundas, y aguarda desprotegido ante cualquier ser cruel que se acerque por encima y por debajo del Pacífico: marejadas aleutianas, vientos del noroeste, tormentas del sureste, corrientes glaciales, agresivos elefantes marinos y bichos

más salvajes que podían merendarse a los elefantes marinos». En la pared de una tienda de pesca de Pillar Point Harbor puede verse un recorte descolorido de periódico que informa sobre un pescador local que, en un solo día, sacó tres tiburones blancos de las aguas circundantes.

En un primer momento, quiso la suerte que las olas de ese viernes por la mañana no estuvieran a la altura de las hinchidas expectativas de los surfistas visitantes y de los medios de comunicación allí congregados. Mientras remaban hacia la *lineup* (zona donde los surfistas se alinean), ninguno de los veteranos de Waimea estaba especialmente impresionado o intimidado por lo que veía. La ola épica de la semana anterior había perdido fuelle. El gentío en el agua y en los acantilados daba una anormal sensación de seguridad. «Era un poco decepcionante —apunta Bradshaw—. Sí que había algunas olas grandes, pero nada del otro mundo. Todos estaban allí pasándose bien».

Sin embargo, poco antes del mediodía, Mavericks enseñó su verdadera cara. Alguien del público en los acantilados gritó: «¡Olas grandes!». Una sucesión de delatoras líneas negras avanzaban a 22 nudos hacia el *point* (lugar donde rompen las olas). A 300 metros de la costa, Bradshaw divisó el maretón que se acercaba y se colocó en posición.

Dejó que la primera ola se enroscara debajo de él pero después remó hacia la siguiente. Cuando la ola salió reforzada del mar profundo y cubrió el arrecife hasta alcanzar las dimensiones de una pantalla de autocine, pareció que se detenía un momento para acumular fuerzas y empezó a desplomarse hacia delante. Remando con ímpetu por la cara creciente, Bradshaw vio a Foo —su amigo, su sempiterno antagonista— varios metros más adelante y un poco a la derecha, remontando la misma ola.

Según las leyes no escritas del surf, la ola pertenecía a Bradshaw, porque él estaba *deeper* —o sea, más cerca de la cresta, la parte de la

ola que, en un momento, se abalanzaría hacia la costa para estrellarse—. «Pero quizá estaba un pelín demasiado *deep* —reflexiona Bradshaw—, y pude ver que Mark ya se había entregado, de modo que decidí retroceder y dejársela a él». Bradshaw se detuvo en seco y dejó caer sus piernas a ambos lados de la tabla. La ola corcoveó hasta adquirir la altura máxima y le pasó por debajo. Encaramado sobre la cresta inestable y volátil (*feathering*), vio un segundo a Foo listo para ponerse en pie, en la posición perfecta para surfearla. Los motores de más de una docena de cámaras que enfocaban a Foo empezaron a rodar. Fue la última vez que Bradshaw vio a Foo con vida.

La mayoría de la sociedad considera, injustamente o no, que el surf es un pasatiempo veraniego para adolescentes irresponsables. Pero surfear olas grandes tiene poco en común con la diversión y los juegos en la playa. Los peligros y desafíos que le acompañan dotan a la actividad de un objetivo serio, e incluso noble.

En todo el mundo apenas hay cien personas que tengan el equilibrio y los reflejos para descender por las fauces de una ola de 12 metros y aparecer de pie. Cuando la ola crece, su masa aumenta exponencialmente, igual que la energía que libera al romper. La diferencia entre surcar una ola «por la cabeza» (el límite superior para la mayoría de surfistas) y una hueca, que draga a 12 metros, viene a ser como la diferencia entre conducir a 56 kilómetros por hora y hacerlo a 321 kilómetros por hora.

Según Bradshaw, el surf de olas grandes «empieza a ser real» en olas de entre 11 metros y 12 metros. A Bradshaw y a otros surfistas que se precien les horrorizaría referirse a una ola de 11 metros como una ola de 11 metros. Los surfistas de olas grandes emplean un cálculo secreto de medición, que acatan estrictamente, a través del cual la altura de una ola está aproximadamente sujeta a la mitad de las dimensiones reales de la cara. Una ola que alcanza los 11 metros desde el seno a la cresta al parecer es una ola de 5,5 metros, quizá de

6 metros si el surfista que lo calcula es de California en lugar de Hawái, pues son más dados a la exageración.

El surf de olas grandes nació en la costa norte de Oahu en 1957, cuando Greg Noll surfeó uno de los legendarios colosos de Waimea Bay por primera vez. Algunos le imitaron, y a partir de entonces una hermandad de entusiastas se reunía cada noviembre para recibir el *Aleutian juice* —potentes marejadas procedentes del golfo de Alaska en invierno—. Durante veinticinco años, el club siguió siendo una hermandad hermética y autorreferencial, a la que poco afectaba la atención puntual que le prestaba el mundo exterior. La cultura del club se caracterizó por la competitividad intensa y el machismo redomado, pero casi todos sus socios estaban más preocupados por impresionar al resto de sus compañeros.

Eso cambió aproximadamente en 1983. Las olas eran extraordinariamente grandes y frecuentes ese invierno en la North Shore, y las muchas fotografías increíbles publicadas en los medios después de la temporada tuvieron gran repercusión. Tras una larga dedicación a las piruetas sobre olas pequeñas y por el ambiente punk de playa, las revistas de surf de California empezaron a interesarse por el desafío más puro y elemental de las olas gigantes.

A medida que las editoriales se fijaban en Waimea y Todos Santos (un lugar de olas grandes pero de segunda fila frente a Ensenada, México), la grandes empresas estadounidenses se percataron del potencial comercial del gran surf. Los publicistas descubrieron que esas imágenes de hombres heroicos lidiando con olas titánicas podían vender mucho. Había llegado el momento de que un surfista con talento y astucia con los medios de comunicación se ganara un modesto salario surfeando la gran Waimea.

Y fue casualmente en 1983 cuando Mark Foo apareció en la escena de la bahía. Mediante una combinación de descarado autobombo y valentía absoluta, no tardó en darse a conocer. Antes, la mayoría de personas surfeaba las olas grandes con sensatez y eficiencia

para reducir al máximo las caídas; Foo introdujo un estilo más espectacular, encarándose a las gigantescas olas de Waimea con el mismo arrojo radical que demostró en las olas pequeñas. «Mark se enfrentaba a las olas grandes con mayor temeridad que el resto de surfistas —dice su amigo Dennis Pang, un respetado surfista y fabricante de tablas de North Shore—. No había duda, se arriesgaba más».

La hermandad de las olas grandes siempre ha tenido la osadía en gran estima pero también ha sabido distinguir entre valentía y estupidez. A esta última se la llama *kook behavior* (comportamiento de pirado) y es uno de los peores calificativos del léxico surfista. Al principio algunos rivales de Foo lo consideraban un pirado pero su deslumbrante ejecución en el agua no daba pie a insultos. No obstante el estilo descabellado de Foo no tardó en darse a conocer y en inspirar a una nueva hornada de surfistas de olas grandes.

Foo excusaba los riesgos que asumía diciendo «si quieres surfear la ola definitiva, tienes que estar dispuesto a pagar el precio definitivo». Lo decía tanto y a tanta gente que al final se convirtió en un cliché. Pero insistía sinceramente a sus mejores amigos sobre que tenía el fuerte presentimiento de que iba a morir joven. La mayoría de los conocidos de Foo, acostumbrados a su debilidad por el melodrama, no le hacían caso y se lo tomaban a risa.

Un mes después de que Mark Foo se ahogara, a pocas manzanas de Half Moon Bay, Jeff Clark está en su garaje y recuerda la tragedia. Además, él estaba en las olas ese viernes por la mañana, surfeando junto a la élite de las olas grandes. Como él fue quien hizo que el mundo del surf se fijara en Mavericks, Clark no puede evitar sentirse en cierto modo culpable de la muerte de uno de sus héroes personales.

Con los tobillos hundidos en un montículo de blancas virutas de *foam*, Clark interrumpe sus tristes cavilaciones, se fija en un pedido clavado en la pared y enciende su sierra circular eléctrica. Corta an-

chas planchas de poliuretano y lima una tabla de *foam* sin pulir hasta que, poco a poco, aparecen las pulcras líneas de una tabla de olas grandes.

En los viejos tiempos, se las llamaba *rhino chasers* (cazadores de rinocerontes) o *elephant guns* (fusiles de elefantes). Su forma exageradamente larga y parecida a una lanza siempre ha sido la comidilla de los psicoanalistas. Pero a veces —como quizá hubiera dicho Freud si en lugar de fumar puros hubiera surfado— una tabla de surf es simplemente eso, una tabla de surf.

Las olas grandes rompen a una velocidad vertiginosa. Para poder surfear una —y bajar por la pared antes que el labio se desplome— un surfista necesita una tabla que le permita remar a gran velocidad, o sea una que tenga la línea de flotación muy larga. Esa desmesurada longitud además la dota de la estabilidad necesaria para manejarse por la superficie irregular del mar (*chops*) a gran velocidad. Nadie en su sano juicio rema hacia una ola de más de 6 metros en una tabla de menos de 2,8 metros y 15 centímetros.

Tras esbozar un lado de la tabla, Clark observa su obra medio acabada, deja con cuidado la sierra y se sacude el polvo de *foam* de brazos y hombros. «Sabes una cosa — suspira — hoy no tengo un buen día. Demasiadas cosas en la cabeza. Vamos a ver qué pasa en Mavericks».

Clark, de treinta y ocho años, es un hombre taciturno y corpulento con ojos azul cielo. Su pelo descuidado está apelmazado por la sal de la sesión matutina de surf. Ha vivido a escasos 8 kilómetros de Mavericks desde que tenía nueve años.

Para ver Mavericks desde la autopista hay que saber dónde mirar porque está escondida tras altos peñascos. Alex Matienzo, un surfista de San Francisco, la «descubrió» en 1962 y remó hacia una pequeña marejada y surfó olas fofas (*mushy*) que rompían en un arrecife oculto. La bautizó con el nombre de su pastor alemán, Maverick, que siguió a Matienzo hasta las olas.

Siendo un adolescente, Clark ya pensaba en surfear Mavericks. Cada invierno observaba las consistentes y grandes olas de tubo que azotaban la punta de Pillar Point, y se preguntaba por qué nadie las surfeaba. En invierno de 1974-1975, salió remando solo para ver qué pasaba, cabalgó cinco olas grandes en una tabla de 2 metros y 8 centímetros (la más grande que tenía entonces), y así se convirtió en el primero en surfear Mavericks cuando, de hecho, empezaba a ser conocida.

Incapaz de convencer a nadie para que le acompañara —las olas eran demasiado grandes y el marco imponía mucho— siguió surfeando a solas la cresta más apartada durante quince años. Clark se moría por enseñar Mavericks a otros, por compartir su descubrimiento, pero no le importaba la soledad. «Como pasaba tanto tiempo solo en el agua —dice Clark— podía percibir, a un nivel subconsciente, de qué manera romperían las olas». Día tras día, año tras año, observaba y catalogaba mentalmente cada matiz del viento, marea y mar de fondo.

A Clark no le importaba si surfeaba mal. No importaba si una ola le mandaba al quinto pino, perdía su tabla y se veía obligado a nadar un largo trecho para recuperarla. «Aprovechando toda esa energía, dándome cuenta de lo insignificante que uno es —dice— me llenaba el solo hecho de estar ahí».

Aunque es un surfista de extraordinario talento, Clark nunca tuvo la habilidad para ganarse la vida en el despiadado circuito profesional. Clark adoraba a Foo, sobre todo porque fue capaz de labrarse una carrera cabalgando olas grandes. La muerte de Foo —y el hecho de que se ahogara en Mavericks— le afectó mucho. Fue como si Joe Montana hubiera ido a su casa a cenar y muriera atragantado por un hueso de pollo. «Llegué justo después de que lo encontraran», afirma Clark con la mirada perdida, sin pestañear. «Vi su cuerpo en un traje de neopreno tumbado en la cubierta de popa del barco; y no podía creer que fuera Mark».

Al subir las escaleras hasta un segundo piso, donde está su estrecho apartamento, Clark agarra unos prismáticos y sale a la terraza. En una esquina, de pie y apoyado en la barandilla, logra distinguir más allá de Cabrillo Highway un negro tramo de mar, trazando una vista despejada de Mavericks, 8 kilómetros costa arriba. Después de mirar unos minutos a través de las lentes 10 x 50, observa cómo el espumón cubre los dentados farallones de la punta de Pillar Point.

«Se acerca el maretón —señala Clark con una voz que delata un hilo de insólito entusiasmo—. Mavericks seguramente explotará esta tarde en bajamar».

El arrecife exterior de Mavericks aguarda a 6,4 metros bajo la superficie del océano, una meseta de roca sumergida que desciende abruptamente en aguas profundas. Las olas más pequeñas de 3 o 3,5 metros cubren el arrecife sin romperse. Pero cada vez que una célula de bajas presiones concentradas se desliza por la trayectoria de una tormenta en invierno y empieza a empujar el calmado mar de fondo hacia delante durante largos intervalos, Clark no se aparta de su radio para escuchar la información océano-meteorológica de la emisora NOAA. Cuando las olas laten en dirección a la orilla, con lo primero que chocan después de recorrer 3218 kilómetros de mar abierto es Mavericks. Ola tras ola, las olas impactan con la parte frontal del arrecife como esquiadores que saltan por una rampa y salen propulsadas a alturas increíbles.

Según parece, en California vive más de un millón de surfistas³. Entonces, ¿por qué tardaron tanto en darse cuenta de que algunas de las olas más grandes rompían justo delante de sus narices? No es que Clark quisiera guardarse Mavericks como un secreto. «Yo quería salir a hacer surf con alguien», afirma Clark. «Explicué a mucha gente que Mavericks era una ola de primera, aunque viniendo de mí tampoco significaba gran cosa». Había surfistas maravillosos en San Francisco, e incluso más en Santa Cruz, pero estaban cegados por su provincialismo. En esa época, era inconcebible para

los peces gordos de Ocean Beach y Steamer Lane que un don nadie del surf de un villorrio como Half Moon Bay pudiera haber descubierto una ola nueva que mereciera su atención.

No fue hasta 1990 que, al final, los forasteros empezaron a interesarse por Mavericks. El 22 de enero, una marejada del noroeste de dimensiones históricas llegó a toda la costa de California. Jeff Clark había ido a la ciudad para trabajar en un proyecto de construcción, pero cuando escuchó la predicción océano-meteorológica en la radio, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió *ipso facto* a la cercana Ocean Beach. Allí, en el aparcamiento, se topó con dos célebres surfistas de Santa Cruz, Dave Schmidt y Tom Powers.

El oleaje en Ocean Beach se había disparado, rebasando las líneas rojas. Las indomables olas cerradas de 9 metros vapuleaban el arrecife exterior con violencia inusitada. Remar a su encuentro parecía suicida. Clark les contó que conocía un lugar con olas incluso mayores, y más perfectas. Powers y Schmidt se mostraron escépticos pero le siguieron hasta Half Moon Bay.

Clark les llevó hasta un acantilado al norte de Pillar Point y les señaló Mavericks como la ola que había que surcar. «Dave se quedó boquiabierto —recuerda Clark— y soltó: “¡Oh, Dios mío! ¡Eso es Waimea!”». Después no paró de moverse de arriba para abajo, observando las olas y exclamando: “¡Es enorme! ¡No me lo puedo creer! ¡Es como Waimea!”». Los dos recién llegados remaron entusiasmados con Clark. Antes de que acabara el día, Schmidt había montado seis olas, Powers, dos, y ambos se quedaron estupefactos con la ejecución de Clark.

En un momento dado, Clark se cayó al adentrarse en una ancha ola de tubo, abatido por el impacto del labio, y pasó tanto tiempo bajo el agua que se preguntó seriamente si tendría aire suficiente para regresar a la superficie. No obstante, cuando terminó la sesión todos seguían con vida, y los surfistas de Santa Cruz ya eran incondicionales del lugar al segundo de salir del agua.

Durante dos inviernos consecutivos, muchos de los surfistas más atrevidos y reconocidos de California se presentaron en Mavericks para comprobar si era real. De estos, casi todos los que también habían surfeado en Waimea coincidieron en que las olas de California eran tan grandes y constantes como en la North Shore, y que cualquier error en Mavericks podía tener consecuencias mucho más graves. El agua es 30°C más fría que en Hawái y debilita más, agarrota los músculos y reduce mucho el tiempo que uno puede aguantar la respiración. Y la necesidad de llevar un traje de neopreno que restringe y flota dificulta bucear bajo las olas en la zona de impacto. Aunque lo más aterrador de Mavericks son las rocas. El pico exterior rompe de tal manera que cualquier surfista que se equivoque en la bajada y se caiga antes de tiempo muy probablemente será arrastrado hasta el *boneyard*: un conjunto de piedras afiladas, contra el que será despiadadamente golpeado por cada ola entrante.

Clark, quien ya las ha pasado canutas en el *boneyard*, dice solemnemente: «Antes de empezar a remar, hay que pensar detenidamente qué pasaría en el peor de los casos y preguntarse si uno está preparado para solucionarlo. Mavericks castiga sin piedad los errores, más que otras olas. He visto cosas terribles ahí fuera».

Tras volar toda la noche desde Honolulu, Ken Bradshaw condujo el coche de alquiler hasta el rudimentario aparcamiento de la playa en Pillar Point y, en compañía de Mark Foo, subieron cansinamente bajo el sol de la mañana. Formaban una pareja curiosa: con una constitución propia de un *tight end*, de cincelado porte estadounidense, Bradshaw superaba los 1,72 metros de estatura de Foo, que tenía el semblante imperturbable de un sacerdote confuciano. Que ambos hubieran ido a Mavericks como buenos amigos era aún más inaudito, dada su larga y, a menudo amarga, rivalidad.

Foo, de treinta y seis años, era cinco años más joven que Bradshaw. Aún conservaba el terso físico de un boxeador de peso pluma, pero

la barbilla de Foo empezaba a descolgarse, y tenía arrugas en el contorno de los ojos. Veintiséis años en el surf empezaban a notarse.

Nacido en Singapur de padres de ascendencia china, Foo pasó gran parte de su infancia en el área metropolitana de Washington, D. C., donde su padre trabajaba para la Agencia de Información de Estados Unidos. No aprendió surf ni a nadar hasta que la familia se trasladó a Hawái cuando tenía diez años pero, una vez que empezó a practicar este deporte, decidió dedicarse al surf el resto de su vida.

En 1970, el padre de Foo fue trasladado de nuevo a Washington y la familia se reubicó en un barrio residencial de Maryland, un cambio que el cabezota de doce años no soportó. Dos años más tarde y para gran consternación de los suyos, Foo se escapó a Florida para ser un buen surfista. «Los buenos chicos chinos no aspiraban a ser surfistas», comenta SharLyn Foo-Wagner, la hermana mayor de Mark. «Mi madre hubiera preferido que hubiera sido abogado o médico, como nuestro hermano, Wayne».

Los tres niños Foo se criaron desahogadamente en una familia cuyos valores eran más estadounidenses convencionales que chinos tradicionales, según cuenta SharLyn. «Nuestro padre era como el típico padre estadounidense, ausente, que vive para trabajar. Nuestra madre era resuelta, independiente, una feminista de toda la vida». Sin importar de dónde vinieran, continúa, los niños Foo «fueron todos muy apasionados desde muy tierna edad».

Al cumplir los diecisiete años, Mark ya había encontrado la forma de llegar a la North Shore de Oahu, el epicentro del universo del surf, donde se introdujo en el circuito de competiciones. Al principio obtuvo resultados prometedores pero, en 1982, al no haber ascendido más del puesto 66 en la clasificación profesional mundial, se vio obligado a aceptar que jamás sería una estrella del surf.

En lo que demostró ser un golpe de astucia, Foo decidió apartarse del surf profesional y, en su lugar, concentrarse para que su

imagen apareciera en los medios impresos, una empresa para la que demostró ser un portento. Foo forjó una relación cercana y simbiótica con los mejores fotógrafos de surf y así consiguió que su foto apareciera media docena de veces en dos de las revistas especializadas más importantes; más que el resto de los campeones mundiales con los que había surfeado en el circuito de las competiciones.

Su omnipresente presencia en revistas, vídeos y programas televisivos le permitió firmar contratos promocionales para varias empresas relacionadas con el surf, que le pagaban sumas modestas por anunciar sus productos. Una vez incluso cerró un contrato de patrocinio con Anheuser-Busch pero Foo nunca se hizo rico. Como era *freelance*, y estaba fuera del engranaje del circuito profesional, casi nunca se sacaba más de 30000 dólares anuales. Pero este dinero le proporcionaba los medios para surfear cuándo y dónde quisiera, y eso era suficiente para ganarse la imperecedera antipatía de sus envidiosos colegas.

Otros surfistas se ensañaron con Foo por su resuelto afán de publicidad. Se quejaban que solo surfeaba si había cámaras enfocándole, pero a él las críticas no le afectaban y siguió con su cometido por obtener el prestigio en el surf con un descarado entusiasmo. «Sí, al colega Mark le encantaba que le hicieran fotos —comenta entre risas Dennis Pang, uno de sus colegas más antiguos y cercanos—. Le criticaron mucho por ello pero a él las críticas le resbalaban».

En 1983, Foo surfeó en Waimea Bay por primera vez. Sin inmutarse por la fama legendaria de la bahía, se enfrentó a las enormes olas con una bravuconería que obligó a la vieja guardia a prestar atención, de mala gana. En enero de 1985, Foo cabalgó una ola de Waimea que, según dicen, superaba los 18 metros; la más grande jamás surfada. Descendió por la cornisa colgante, enseguida se cayó al agua y fue engullido por la fuerza máxima de la ola. El labio quebró la tabla de Foo al impactar y le pasó por encima como un

trapo en un escurridor pero apareció ileso en la superficie y rápidamente fue sacado de la zona del impacto en un helicóptero de rescate.

Aunque ni tan solo se acercara a cabalgar la ola, Foo no tardó ni un minuto en mandar el relato de su hazaña a revistas de todo el mundo, y cuando estas lo publicaron, consolidaron su fama como semidiós de las olas grandes. En una entrevista realizada poco después, Foo insinuó: «Desde un punto de vista de ejecución, no creo que nadie surfee Waimea mejor que yo».

Ken Bradshaw, el rey de Waimea de la época, discrepaba. Había estado surfeando Waimea durante nueve años antes de que Foo pusiera un pie en la bahía, y la petulancia del surfista más joven, su fanfarronería, y su falta de respeto, le molestaron. Bradshaw y Foo, que vivía al bajar la Kam Highway, eran vecinos y se encontraban a menudo, tanto en el agua como fuera. A medida que continuaba el ascenso meteórico de Foo, esos encuentros eran más tensos.

El peor momento de su relación fue en 1987, una mañana de una importante competición de surf en Sunset Beach. Durante el calentamiento previo a la competición, según Pang, «Mark siguió adelantando a Bradshaw, robándole sus olas y, al final, Kenny ya no aguantó más. Fue tras Mark por el canal y empezó a golpearle, hundiéndolo y manteniéndolo bajo el agua. En realidad Ken no quería hacerle daño pero lo había avergonzado delante de los mejores surfistas del mundo. Al terminar, Mark me llamó y me dijo lo engorroso que había sido pero se le pasó enseguida. A los dos días era como si nada hubiera ocurrido. Mark simplemente hizo que ese tipo de cosas no le afectaran».

Una consecuencia de ese impulso inquebrantable de Foo fue que era incansable y obstinadamente optimista. Estaba convencido de que su destino era conseguir la excelencia en las olas gigantes. Cuando las cosas se ponían feas ahí fuera, mantenía la mente despejada y una calma interior porque creía en el destino. Foo era un hombre re-

ligioso; en olas embravecidas —más que en otro sitio— sentía la descontrolada presencia del todopoderoso, tan cerca que podía degustarla en el fondo de la garganta.

Aunque Foo fuera monomaniaco y egocéntrico, cuando le convenía podía ser sumamente simpático y hasta sociable. Su pasión tenía algo positivo: su entusiasmo de niño. Al menos cinco personas lo consideraban su mejor amigo. «Mark te caía bien —dice SharLyn— o te caía mal. No había medias tintas».

Por todas las hazañas que mostraba en el agua, Foo nunca encajó mucho en el perfil de macho de la hermandad de las olas grandes. Se mostraba siempre demasiado dispuesto a hablar de sus sentimientos más íntimos, a desnudar sus puntos débiles. No tenía miedo de mostrarse sentimental. Las mujeres se enamoraban perdidamente de Foo. Colmaba a su hermana y a su madre con las cartas más sinceras y sensibleras. «Mark y yo estábamos tan unidos —reconoce SharLyn— que había gente que pensaba que había algo raro entre nosotros».

La semana antes de volar a Mavericks, Foo se comprometió con Lisa Nakano, de veintiocho años. «Estaba realmente enamorado de Lisa», dice Allen Sarlo, uno de los amigos más cercanos de Foo. «Y a su madre, Lisa le gustaba, algo muy importante para Mark».

Sarlo guarda silencio unos segundos y prosigue: «Lo más terrible de todo esto es que su hermano mayor, Wayne, murió dos años antes, poco después de terminar sus estudios de medicina, y su padre murió hace unos tres años. Y hace poco Mark escribió una carta a su madre diciéndole que la quería tanto que no creía que pudiese vivir sin ella, que quería morir antes que ella. La muerte de Mark fue realmente devastadora para ella».

Eran poco más de las nueve de la mañana cuando Foo y Bradshaw, enfundados en su traje de neopreno y con las tablas en el agua, enfilaron por el rompiente orillero hacia la zona de alineación de Mavericks. Al tratarse de una relación envenenada durante muchos

años, algunos se quedaron de piedra al verlos remar juntos, pero su amistad era genuina, insiste Dennis Pang: «No era solo de cara a la galería. Unos ocho meses antes de que muriera Mark, él y Kenny se habían hecho amigos de verdad».

El último verano, Foo explicó a un equipo de la televisión británica que él y Bradshaw habían «superado» sus diferencias porque tenían un vínculo basado en la peculiar intensidad de su vocación compartida: «Hemos vivido cosas que nadie, aparte de él y de mí, ha hecho jamás».

Los conocidos atribuyen la reconciliación básicamente a la templanza de Bradshaw. Después de veinte años demostrando su temple en la bahía, su sitio en el panteón sagrado de Waimea estaba asegurado. Bradshaw, cómodo con su incipiente papel de veterano respetado por la hermandad de las olas grandes, ya no sentía la necesidad de encararse a ningún jovencito con ínfulas en las olas. Al final acabó aceptando a Foo tal y como era, con todos sus defectos; Bradshaw se sorprendió reaccionando jocoso a las excentricidades de Foo que, tan solo unos años antes, lo hubieran enfurecido.

La primavera anterior, Foo y Bradshaw habían surfeado juntos en un arrecife secreto de North Shore, un lugar llamado Outside Alligators que Bradshaw descubrió primero. «Había unas olas excepcionales —rememora Bradshaw— y estábamos solos. Más adelante, después de que Mark reconociera que quizá había sido la mejor sesión de surf de su vida, entró decidido e hizo como treinta llamadas de teléfono y, de repente, todo el mundo lo conocía. La siguiente vez que fui, había quince chicos».

«Mientras hacía esas llamadas, le decía: “¡Mark! Cuelga el teléfono, joder! Nadie más tiene que conocer este lugar. Podemos seguir disfrutándolo solos”. Pero él lo veía de otra manera, tenía que compartirlo todo con el mundo». Bradshaw soltó una profunda y contradictoria carcajada. «Así era Mark: notorio en todo momento».

El 23 de diciembre fue el primer día que Foo visitó Mavericks, aunque no el primero de Bradshaw. Él ya había estado allí en otras ocasiones pero, recuerda: «Nunca elegía el momento oportuno. Seguía perdiéndome los días realmente buenos».

De hecho, Bradshaw había estado en California seis días antes. Pasó parte del sábado 17 de diciembre surfeando en Mavericks en unas condiciones penosas, después se subió a un avión y regresó a Hawái la mañana siguiente cuando escuchó que había prevista una marejada gigantesca en la North Shore. «No quedarme un poco más en California fue un error imperdonable —admite Bradshaw dolorosamente—. Uno de los grandes errores que he cometido de todos los tiempos».

Cuando el avión de Bradshaw se dirigía a Honolulu, unas intensas bajas presiones de 934 milibares procedentes del golfo de Alaska quedaron retenidas frente a la costa de California, dando comienzo a una semana con las olas más grandes y perfectas que nadie había visto en décadas, quizá jamás.

«El lunes 19, Mavericks estaba en la cresta de la ola —cuenta Mark Renneker, un médico de San Francisco que, a sus cuarenta y tres años, es un personaje eminente en la comunidad surfista de la ciudad—. El miércoles fue incluso mejor».

Jeff Clark, Renneker, la prometedor estrella Evan Slater y Peter Mel, surfista de Santa Cruz: todos los allí presentes esa semana sabían que estaban asistiendo a algo irreplicable. Con tantas olas grandes, alguien atraparía la ola de su vida. Un chaval de dieciséis años de Santa Cruz descendió de pie por la pared de una ola de unos 15 metros, una hazaña que destacó como noticia de portada en *Surfer*. El titular rezaba: «Jay Moriarity ingresa en la historia en Mavericks».

«Cuando llamé al doctor Renneker desde Oahu y me enteré de lo que me había perdido —dice Bradshaw— ya vi que era un caso perdido». Él y Foo se subieron a un vuelo nocturno para aterrizar el viernes al alba en San Francisco, se apresuraron a ir a Mavericks pero al llegar

les dijeron que las olas habían menguado por la noche. La marejada era esporádica. Pocas olas rompían a más de 7,6 metros; o a 3,6-4,5 metros para los surfistas hawaianos.

Sin embargo, de vez en cuando, se producía una tanda arrolladora de olas grandes, y el entusiasmo creció entre los quince surfistas allí presentes. La repentina llegada de Foo y Bradshaw disparó esa euforia. «Era un circo —dice Renneker—. Tenías aquellas barcas llenas de fotógrafos, el helicóptero, la gente en los acantilados, y a algunos de los mejores surfistas del mundo en Mavericks por primera vez. No hacía falta decir que era un día histórico. Una buena exhibición delante de todas esas cámaras consolidaría una carrera. Había mucha presión por conseguirlo».

«La gente rozaba el frenesí —Clark asevera—. Los chicos quizá presionaban un poco demasiado». En los viejos tiempos, antes de que Foo demostrara a todos el valor de una foto espectacular, en las grandes olas imperaba la moderación. Se consideraba el *wipeout* (caer de la tabla de surf al cabalgar una ola) como un *kook behaviour* (comportamiento de pirado), por no decir peligroso. Pero el aumento de contratos de patrocinio basados en incentivos fotográficos lo cambió todo. Como las fotos más espectaculares son aquellas del surfista poniéndose de pie sobre la tabla (*take off*) tarde y *deep* (por la parte más vertical y cóncava de la ola), los más ambiciosos estaban más motivados para exigirse más y más, hasta las últimas consecuencias.

«Mientras hagas el *drop* (iniciar el descenso por la cara de la ola) —reflexiona Bradshaw— a los fotógrafos les importa un bledo si bajas de pie o completas la ola. Solo quieren fotos brutales bajando por la pared de la ola». Ese viernes en Mavericks, dice: «La mayoría de los chicos hacían *take off* peligrosamente *deep* para las cámaras dando como resultado unos *wipeouts* terribles».

«No daba crédito a lo que veía —insiste Renneker—. Aquí estaban los mejores surfistas de olas grandes del mundo y se comportaban

como idiotas. Y ello se debió, en parte, a que algunos de los chicos que surfeaban por primera vez Mavericks la estaban subestimando. Al ser una ola de California, creyeron que no era tan severa como las olas que acostumbraban a surfear en la North Shore. Pero básicamente solo se exponían demasiado para salir en la foto: hacían piruetas que ni se plantearían hacer si no hubiera cámaras. Y Mark estaba precisamente allí, con ellos, en la misma posición insensata, cometiendo los mismos errores».

«Tal vez —admite Bradshaw— pero lo más extraño es que cuando Mark inició el *take off* en la ola que lo mató, no estaba *deep*. Estaba justo en el sitio donde debía estar».

Foo había surfeado unas doce olas cuando, poco antes del mediodía, divisó un grupo de olas voluminosas en el horizonte. Los fotógrafos calcularon que la ola a la que se dirigía iba a alcanzar 9 metros del seno a la cresta. Esa semana, surfistas menos expertos habían surcado olas más grandes sin incidentes. El mismo Foo había domado olas más grandes y retorcidas en Waimea muchas veces.

Dejó que pasara la primera ola del grupo, después se dio la vuelta y remó con fuerza hacia la segunda. Su *takeoff* parecía bueno. Foo saltó para ponerse en su característica posición de cuclillas mientras la ola formaba el arco, extendió los brazos para mantener el equilibrio. La tabla inició una caída libre por debajo de la cornisa que se despeñaba pero él mantuvo el control y el equilibrio mientras recuperaba el contacto con la ola a medio tramo de la cara.

Sin embargo, la ola de Mavericks tiene fama de inquieta e impredecible. «La configuración del fondo, los vectores de energía: todo es increíblemente complejo —explica Renneker—. En consecuencia, la ola se retuerce, sube y cae, todo en cuestión de microsegundos. Nunca sabes qué va a pasar. Los reflejos de Mark eran tan buenos como los de cualquier persona pero encima de determinadas olas poco puedes hacer para evitar un *wipeout*».